



LA ARGENTINA DESARROLLADA QUE DEBEMOS CONSTRUIR: BASES Y PUNTO DE PARTIDA PARA UNA UTOPIÍA POSIBLE

FEDERICO GONZÁLEZ

El desarrollismo inteligente del siglo XXI y la Argentina desarrollada

Hay países que heredan su destino. Y hay países que lo diseñan. La Argentina —acaso por exceso de historia o por déficit de estrategia— ha tendido a ubicarse en una zona ambigua entre ambos: rica en recursos, potente en talento, pero errática en su capacidad de convertir esas condiciones en desarrollo sostenido. De allí nace una pregunta que ya no puede postergarse: ¿qué significa, hoy, una Argentina desarrollada?

Responderla exige abandonar respuestas automáticas. Porque el desarrollo del siglo XXI ya no se mide solo en términos de crecimiento económico, ni se agota en la acumulación de capital o en la expansión de exportaciones. El mundo ha cambiado. El conocimiento, la tecnología, la organización y la sostenibilidad se han vuelto variables centrales. En ese nuevo escenario, desarrollarse implica algo más exigente: **construir capacidades inteligentes** que permitan integrar recursos, innovar sobre ellos y proyectarlos en cadenas de valor cada vez más complejas.



Es en ese punto donde emerge el **Desarrollismo Inteligente del Siglo XXI**. No como una reedición nostálgica del pasado, sino como su superación. No como una doctrina cerrada, sino como un marco estratégico abierto, capaz de articular Estado, mercado, conocimiento y tecnología en función de un objetivo común: transformar la riqueza potencial en desarrollo real.



La Argentina desarrollada no será el resultado de una ventaja aislada ni de una coyuntura favorable. Será, si ocurre, el producto de una decisión colectiva sostenida en el tiempo. Una decisión de organizar inteligentemente lo que ya existe, de integrar lo que hoy está fragmentado y de orientar lo que hoy se dispersa. En otras palabras, de pasar de la inercia a la estrategia.

Quizás el desafío no sea imaginar una Argentina ideal, sino asumir la responsabilidad de construir una Argentina posible. Y en ese tránsito, el desarrollismo inteligente no aparece como una promesa, sino como una **hoja de ruta**.

El umbral de la transformación: Más allá de la gestión de la escasez

Hay momentos en la historia de un país en los que ya no alcanza con administrar lo existente. Son etapas donde la inercia institucional se vuelve un lastre y la pregunta deja de ser cómo gestionar la realidad para pasar a ser **cómo transformarla radicalmente**. Es desde ese umbral donde formulamos el concepto de **Desarrollismo Inteligente del Siglo XXI**: no como una consigna electoral ni como un eslogan de coyuntura, sino como una **arquitectura estratégica** para pensar el desarrollo argentino en términos de complejidad. Esta propuesta rompe con la tradición del "parche" y la urgencia, planteando que la política debe volver a ser la ciencia de lo posible sobre horizontes de veinte años.

Durante décadas, la Argentina osciló entre modelos que prometían orden o libertad, pero que rara vez lograron articular ambos en una síntesis productiva. El resultado es una economía fragmentada, un archipiélago de sectores dinámicos rodeados de un mar de estancamiento, incapaz de convertir sus recursos en bienestar sostenido. El **Desarrollismo Inteligente** parte de un diagnóstico disruptivo: nuestro problema no es la falta de riqueza —esa es la falacia del país rico empobrecido— sino la **falta de inteligencia estratégica aplicada a su organización**. Proponemos una **articulación deliberada entre Estado, mercado, conocimiento y tecnología**, entendiendo que el desarrollo no es un subproducto espontáneo del comercio, sino una **construcción consciente**, guiada por evidencia y una visión de largo plazo que trascienda la urgencia del próximo cierre de listas.

Esta visión implica que el Estado no debe ser un espectador ni un obstáculo, sino un **Estado Emprendedor y Estratégico** que actúe como catalizador de la inversión privada en sectores de alto riesgo y alta rentabilidad social. El objetivo es crear un ecosistema donde la **seguridad jurídica** no sea solo la ausencia de cambios de reglas, sino la presencia de una dirección nacional clara que permita al sector privado arriesgar capital en proyectos que transformen la matriz productiva.

La trampa estructural: por qué la macroeconomía no es el destino

Durante demasiado tiempo, la Argentina discutió la **superficie del problema** creyendo que allí se encontraba su solución. La **estabilidad macroeconómica** —inflación, tipo de cambio, equilibrio fiscal— se volvió el eje casi excluyente del debate público, como si ordenar esas variables fuera suficiente para encaminar el desarrollo. Pero la evidencia histórica sugiere otra



cosa: aun en momentos de relativa estabilidad, el país no logró sostener procesos de crecimiento con **transformación productiva**.

La macroeconomía, entonces, aparece como una **condición necesaria**, pero claramente **insuficiente**. El verdadero obstáculo es más profundo y menos visible: una **estructura económica fragmentada**, incapaz de integrar sus sectores, de **agregar valor de manera sistemática** y de sostener una **estrategia de largo plazo**. En ese nivel —donde se cruzan producción, tecnología, organización e inserción internacional— es donde se juega el **destino real del país**.

Y es precisamente allí donde emerge, con una claridad poco frecuente, el aporte del economista **Gustavo Reija**, quien no solo **diagnostica esa trampa estructural con precisión**, sino que además propone una **vía concreta para superarla**.

La economía argentina según Gustavo Reija: del recurso subexplotado a la inteligencia productiva

La Argentina ya no puede pensarse bajo el sesgo de un único eje. Puede —y debe— aspirar a ser, simultáneamente, una potencia agroindustrial, energética, minera, marítima, ambiental y tecnológica. Esa **polifonía económica** abre una oportunidad inédita, pero plantea un desafío que el pensamiento pendular argentino nunca supo resolver: la **integración sistémica**. Y es aquí donde la mirada de **Gustavo Reija** —acaso el economista más lúcido de la Argentina actual, y tal vez el único que ha formulado un modelo económico consistente de largo plazo para el país— se vuelve ineludible. Reija no describe una coyuntura: **diagnostica una estructura**. Y lo hace con una precisión que incomoda porque es difícil de refutar. La Argentina, sostiene, no carece de sectores competitivos; carece de **articulación entre ellos**. Es, en sus términos, una “economía de compartimentos estancos”.





«El desarrollismo no es nostalgia de los años '50. Es el reconocimiento empírico de que ningún país de ingreso medio llegó a ingreso alto exportando únicamente recursos naturales sin procesar. Sin excepción. En ningún caso histórico verificable». Gustavo Reija

Esa fragmentación no es un detalle técnico: es el corazón del problema. Genera una vulnerabilidad externa recurrente que se expresa, una y otra vez, en crisis de balanza de pagos. Exportamos soja y reimportamos aceites especiales; exportamos litio e importamos baterías; exportamos cobre e importamos cables de alta tensión. En cada uno de esos pares hay una brecha de valor agregado que se traduce en dólares que salen del país en lugar de circular en él. No es una metáfora ni una discusión ideológica: es **aritmética económica**, visible en cada ciclo de crecimiento frustrado. Cada vez que la economía intenta expandirse, la restricción externa reaparece como un límite estructural, no como un accidente.

Frente a esto, el liberalismo ortodoxo responde con una promesa conocida: el mercado asignará los recursos hacia los sectores más eficientes. La afirmación es elegante, incluso correcta en abstracto. Pero falla en el terreno concreto de las industrias que definen el siglo XXI, donde las barreras de entrada no son marginales, sino determinantes: horizontes de inversión de largo plazo, cadenas de suministro complejas, tecnología propietaria y escalas de producción que no se construyen espontáneamente. En ese contexto, el mercado no corrige la estructura: la **reproduce**. Y lo que reproduce, en el caso argentino, es una economía que exporta recursos sin transformar.

Reija lo sintetiza con una imagen que, una vez formulada, resulta difícil de olvidar: la Argentina es un país que logra estabilizar cada cierto tiempo... para luego desindustrializarse lentamente entre una estabilización y la siguiente. Esa es la trampa. La macroeconomía, por sí sola, no es el destino. Es la condición de posibilidad, el suelo necesario para caminar. Pero no define hacia dónde se camina. Sin una **política industrial deliberada**, la estabilidad se vuelve un punto de partida que no conduce a ningún lugar.

De allí la necesidad de cambiar la lógica. Pasar de una economía de “vuelo corto”, dependiente de ciclos de precios y equilibrios frágiles, a una economía de **acumulación de capacidades tecnológicas**. Esto implica diseñar instrumentos concretos, como un Fondo Soberano de Desarrollo capaz de capturar las rentas extraordinarias de los recursos naturales y orientarlas hacia la construcción de sectores de mayor complejidad. No se trata de intervenir por intervenir, sino de **organizar estratégicamente** lo que hoy se dispersa.

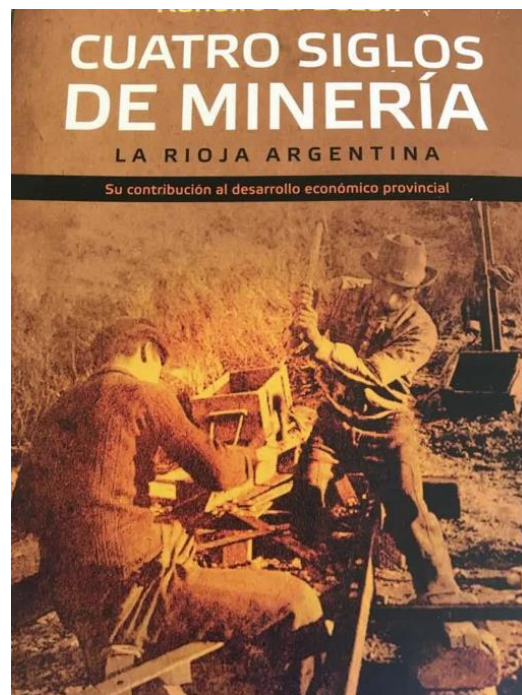
La comparación que suele plantearse es tan simple como contundente: la diferencia entre Noruega y Nigeria no es geológica. Ambos países tienen petróleo. Lo que los distingue es la decisión política de transformar ese recurso en desarrollo sostenido. Noruega construyó instituciones, acumuló capacidades y blindó su riqueza para las generaciones futuras. Nigeria, en cambio, quedó atrapada en la lógica extractiva. La lección es clara: los recursos no determinan el destino. Lo que lo determina es la **estrategia**.



La Rioja y el Federalismo de Convergencia: El despertar de los Llanos

Hay provincias que cargan con el peso de una paradoja persistente: riqueza extraordinaria bajo el suelo y rezago histórico sobre él. La Rioja es el caso testigo de este desarraigo productivo. **Ranulfo Eduardo Bazán**, potencial candidato a Gobernador de La Rioja, propone romper este hechizo convirtiéndola en una **provincia bioceánica y exportadora**, aprovechando el **Paso Pircas Negras** para conectar el corazón productivo argentino con los puertos de aguas profundas en Chile (Copiapó y Caldera). Esta conexión no es solo vial; es el **Corredor Bioceánico** que reconfigura el mapa geopolítico del Cono Sur, uniendo los polos productivos de San Pablo en Brasil con el sudeste asiático a través del Pacífico, situando a La Rioja como el nodo logístico central de Sudamérica.

El sustrato de este cambio es minero, pero la visión es integral y profundamente federal. Dos terceras partes del territorio riojano albergan minerales críticos para la transición energética global —cobalto, cobre, tierras raras y litio—. **Joaquín V. González** ya lo vislumbraba en 1915 como un "**arca sellada**" para las generaciones futuras, y hoy esa tecnología nos permite abrirla de manera sustentable. Sin embargo, la originalidad del planteo de **Bazán** reside en la superación de la falsa dicotomía entre extractivismo y conservación: la minería de alta tecnología no compite con el turismo ni con el ambiente, sino que los potencia mediante el financiamiento de infraestructura compartida y tecnologías de ahorro hídrico.



Ranulfo Eduardo Bazán, historiador, escritor y posible candidato a Gobernador de La Rioja

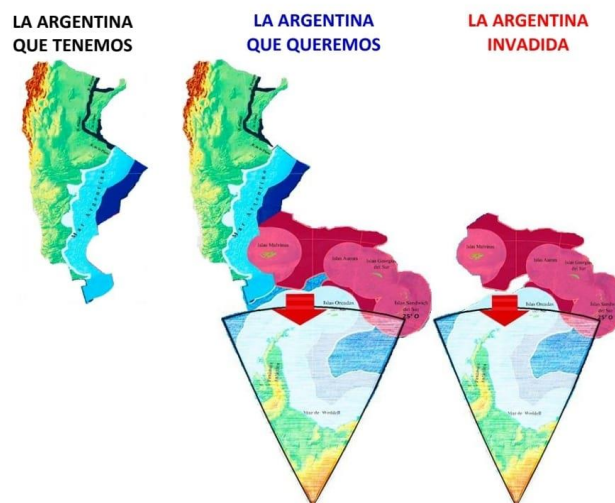


El desarrollo del **Distrito Famatina** como GeoParque UNESCO y la preservación de **Talampaya** son ejemplos de cómo la **identidad cultural y el patrimonio natural** se convierten en activos económicos de exportación. Este esquema se completa con obras habilitantes estratégicas: el aeropuerto internacional de **Anguinán**, que funcionará como hub de carga para productos mineros y agroindustriales de valor, y el **Canal Federal**, una obra hidráulica de escala nacional diseñada para resolver el drama ancestral del agua en los Llanos Riojanos mediante trasvases de cuencas y gestión inteligente del recurso. La Rioja demuestra que los recursos siempre estuvieron allí; lo que faltó fue la **inteligencia estratégica** para organizarlos en una matriz que beneficie a la comunidad local mientras sirve al mercado mundial.

Argentina Azul: El mar como nueva frontera económica y soberana

Carlos Lionel Traboulsi, desde el **Proyecto Argentina Azul**, nos confronta con una ceguera histórica: tenemos más de once millones de kilómetros cuadrados de jurisdicción marítima, pero **vivimos culturalmente de espaldas al mar**. El usufructo racional del sesenta por ciento de nuestro territorio marítimo podría generar ingresos acumulados por más de cuatro billones de dólares en dos décadas, creando millones de puestos de trabajo genuinos en ciudades costeras hoy deprimidas. Pero el mar es **conciencia antes de ser recurso**. Un país que no ve su mar no puede defenderlo ni aprovecharlo; es una nación que renuncia a su **proyección** antártica por omisión.

«Argentina puede liderar en pesca sostenible fresca, cultivo y exportación con valor agregado, generando empleo, divisas y una economía robusta»





El diagnóstico del Atlántico Sur como terreno de disputa estratégica global es correcto, pero la retórica soberanista sin política naval es solo nostalgia. El mar, articulado con el campo y la industria, es el vector capaz de **romper definitivamente la restricción externa**. Traboulsi propone la exportación masiva de proteínas marinas con valor agregado, la exploración de petróleo y gas offshore con los estándares ambientales más altos del mundo y la minería de nódulos polimetálicos en la plataforma continental. En consonancia con la cosmovisión del Desarrollismo Inteligente, se propone una **Industria Naval Nacional** revitalizada, que no solo repare barcos, sino que diseñe y construya la flota necesaria para patrullar nuestra Zona Económica Exclusiva y dar soporte a la logística científica en la Antártida.

Mientras los sectores de baja densidad de empleo crecen en enclaves aislados, la **Economía Azul** ofrece la escala necesaria para una verdadera **revolución del trabajo argentino**. Esto implica integrar desde el estibador y el marinero hasta el ingeniero nuclear especializado en propulsión y el biotecnólogo marino. El proyecto Argentina Azul nos recuerda que el mar argentino debe dejar de ser una zona de saqueo impune por flotas extranjeras para convertirse en la **Pampa Azul**, el nuevo motor de la riqueza nacional que equilibre la histórica dependencia de la cosecha terrestre.

Economía del carbono: del dato emergente a la estrategia pendiente

En los márgenes del debate económico argentino comienza a consolidarse un fenómeno que ya no puede ser ignorado. La economía del carbono —y en particular la generación y comercialización de créditos— deja de ser una promesa difusa para convertirse en una actividad concreta, con actores, tecnología y flujos de inversión en expansión. Distintas proyecciones del sector sugieren que, incluso con niveles parciales de adopción, este mercado podría generar **cientos de millones de dólares anuales**, con potencial de escalar a cifras cercanas a los **USD 2.000 millones**, acompañado por inversiones privadas relevantes.

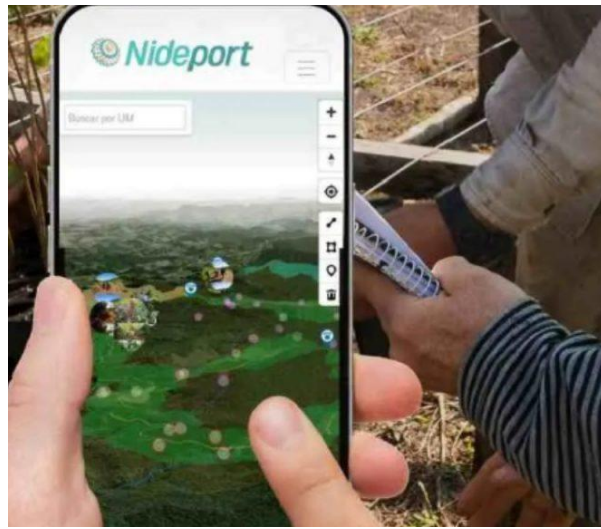
Detrás de esos números aparecen experiencias específicas que permiten comprender la lógica en juego. Empresas como **Nideport**, fundada por **Juan Núñez y Tomás Gutiérrez**, están desarrollando modelos de restauración de ecosistemas con enfoque productivo. Su proyecto en Misiones, sobre más de **24.000 hectáreas de selva paranaense**, combina regeneración ambiental con tecnología aplicada —monitoreo satelital, drones, sensores IoT (Internet de las cosas)— y ha logrado remover más de **un millón de toneladas de CO₂**, al tiempo que genera impactos sociales en comunidades locales. En este tipo de iniciativas, la captura de carbono deja de ser un objetivo ambiental aislado y pasa a constituirse en una **actividad económica verificable, certificable y comercializable**.

Un elemento distintivo de estos modelos es el uso creciente de tecnologías de trazabilidad y validación. La certificación internacional —a través de estándares como Verra o Gold Standard— resulta clave para la monetización de los créditos, pero también empiezan a incorporarse herramientas digitales más avanzadas. Entre ellas, **plataformas basadas en blockchain** permiten registrar, auditar y seguir en tiempo real la generación y transacción de créditos de carbono, reduciendo riesgos de doble contabilización y aumentando la transparencia del sistema. Este



componente tecnológico no es accesorio: es lo que permite transformar un activo ambiental en un **activo financiero confiable a escala global**.

Sin embargo, el rasgo más significativo del sector no es su crecimiento, sino su forma de desarrollo. La mayoría de estas iniciativas ha surgido desde el ámbito privado, con financiamiento internacional y lógica emprendedora, mientras que la articulación estratégica a nivel país permanece fragmentada. Es decir, el potencial existe, los actores están, la tecnología está disponible, pero falta una **integración sistémica** que transforme estos esfuerzos en política de desarrollo.



Juan Núñez y Tomás Gutiérrez, Fundadores de Nideport

Aquí es donde el **Desarrollismo Inteligente del Siglo XXI** introduce una clave interpretativa. No se trata simplemente de participar en el mercado de carbono, sino de **organizar una economía del carbono**. Esto implica integrar estos proyectos con la matriz productiva, desarrollar proveedores tecnológicos locales, formar capacidades en certificación y monitoreo, y capturar una porción sustantiva del valor generado. En otras palabras, pasar de vender créditos a construir un **ecosistema productivo basado en la gestión inteligente del ambiente**.

Porque, en definitiva, lo que está en juego no es la viabilidad de este mercado —que ya es una realidad— sino su significado para la Argentina. Puede ser un nuevo capítulo de inserción periférica o el punto de partida de una estrategia más ambiciosa. Una vez más, la diferencia no está en el recurso, sino en la decisión: **exportar carbono... o desarrollar inteligencia sobre el carbono**.



Hidrógeno verde: oportunidad estratégica o nueva ilusión extractiva

El hidrógeno verde se ha convertido en uno de los vectores más prometedores de la transición energética global. No se trata simplemente de una nueva fuente de energía, sino de un **soporte estratégico** para descarbonizar industrias intensivas y reorganizar cadenas productivas a escala mundial. En términos técnicos, su lógica es conocida: producir hidrógeno a partir de electrólisis utilizando energías renovables permite generar un combustible limpio, capaz de almacenar y transportar energía sin emisiones directas. Pero el verdadero punto no es técnico. Es estratégico.

La Argentina cuenta con condiciones excepcionales para participar en este proceso. Recursos eólicos en la Patagonia, solares en el norte, capacidades industriales acumuladas y una base energética previa le otorgan una ventaja inicial relevante. Sin embargo, como ocurre en otros sectores, esa ventaja es solo potencial. El riesgo no es no tener recursos, sino **repetir el patrón histórico de exportarlos sin transformarlos**.



Las iniciativas oficiales recientes, incluyendo proyectos de ley y esquemas de promoción, reconocen la importancia del hidrógeno, pero tienden a abordarlo desde una lógica incompleta. Aparecen como respuestas necesarias, pero no suficientes. muchos casos, se concentran en incentivos, regulaciones o atracción de inversiones, sin integrar plenamente una **visión estratégica de desarrollo** que articule energía, industria, tecnología y conocimiento. Es decir, captan la oportunidad, pero no siempre definen el **para qué estructural**.



El punto crítico es este: el hidrógeno verde puede convertirse en un nuevo capítulo de la economía extractiva —exportar energía limpia sin generar capacidades locales— o en el núcleo de un ecosistema productivo avanzado. Esa diferencia no la define el mercado ni la tecnología, sino la **inteligencia estratégica** con la que el país decida organizar el sector.

El Desarrollismo Inteligente del Siglo XXI introduce aquí una distinción clave. No se trata de producir hidrógeno, sino de **construir una cadena de valor alrededor del mismo**. Esto implica desarrollar proveedores locales, capacidades tecnológicas, integración industrial y formación de capital humano. Implica, en definitiva, transformar una ventaja natural en una **ventaja dinámica sostenida**.

Porque, una vez más, la diferencia no está en el recurso. Está en la decisión. Y el hidrógeno verde, más que una oportunidad energética, es una prueba: si la Argentina podrá —o no— dejar de exportar lo que tiene para empezar a **desarrollar lo que puede hacerse con eso**.

La frontera final: El espacio como plataforma de soberanía y datos estratégicos

La economía espacial ha dejado de ser patrimonio exclusivo de las grandes potencias para convertirse en una industria global en expansión, con proyecciones que anticipan un mercado superior al **billón de dólares hacia 2040**, impulsado no solo por satélites o lanzadores, sino por una compleja red de tecnologías, infraestructura y servicios basados en datos. En ese nuevo escenario, la pregunta para la Argentina ya no es si puede participar, sino cómo decide hacerlo.

El país cuenta con un punto de partida más sólido de lo que suele reconocerse. Ha desarrollado **ocho satélites propios**, posee capacidades en ingeniería aeroespacial y una base científica relevante, con talento técnico que ha logrado insertarse en programas internacionales de alta exigencia. Sin embargo, ese potencial convive con una limitación estructural conocida: la **fragmentación**. Capacidades que existen, pero que rara vez se traducen en proyectos productivos escalables o en empresas con proyección exportadora.

Es en ese punto donde emergen iniciativas que intentan reorganizar el mapa. Por un lado, **CONSTELAR**, como red interdisciplinaria que articula ciencia, tecnología, derecho, educación e industria, impulsada por referentes como **Noel de Castro**, ingeniera biomédica, especialista en ingeniería aeroespacial y candidata argentina a astronauta; **Carolina Renaud**, abogada y experta en derecho espacial y tecnología satelital; y **Marcos Bruno**, ingeniero con experiencia en proyectos vinculados a NASA, SpaceX y programas internacionales. En conjunto, representan algo más que trayectorias individuales: encarnan una generación que entiende el espacio no como frontera simbólica, sino como **campo de desarrollo económico real**.

En paralelo, aparece **Propulsar**, como un intento más estructural de dar forma a ese ecosistema. Definido como un cluster o plataforma privada, articula empresas, startups, universidades, inversores y especialistas con un objetivo explícito: **convertir capacidades técnicas en oportunidades económicas concretas**. Su lógica no es la promoción aislada, sino la organización



de la cadena de valor, reduciendo la dispersión y alineando actores bajo criterios de escala, competitividad e inserción internacional.

Lo relevante aquí no es solo la existencia de proyectos, sino el cambio de enfoque. La economía espacial deja de pensarse como un conjunto de iniciativas tecnológicas aisladas y pasa a entenderse como una **infraestructura transversal**, capaz de impactar en sectores tradicionales como la agricultura, la minería, la logística o el monitoreo ambiental a través de datos, servicios y aplicaciones downstream. En ese desplazamiento, el espacio deja de ser un sector y se convierte en un **multiplicador de capacidades para toda la economía**.



Noel de Castro



Carolina Renaud



Marcos Bruno

Sin embargo, el desafío sigue siendo el mismo que atraviesa otros sectores estratégicos en la Argentina. La existencia de talento, proyectos y capacidades no garantiza, por sí misma, el desarrollo. Sin una estrategia que articule estos elementos en un sistema coherente, el riesgo es que el potencial permanezca como potencial, o peor aún, que se traduzca en fuga de talento hacia ecosistemas más organizados.

Es en este punto donde el **Desarrollismo Inteligente del Siglo XXI** introduce una clave decisiva. No se trata de “tener” capacidades aeroespaciales, sino de **organizarlas estratégicamente** para generar valor, empleo calificado e inserción internacional. Implica pasar de una lógica de excelencia dispersa a una de **ecosistema productivo integrado**, donde ciencia, industria y mercado operen bajo una misma dirección.

Porque, en definitiva, el desarrollo aeroespacial no es una excentricidad ni un lujo futurista. Es una decisión estructural. La decisión de si la Argentina seguirá siendo un país que forma talento para el mundo, o si será capaz de construir, dentro de su propio territorio, una **industria del conocimiento con proyección global**.

Y tal vez —acaso— en esa decisión se condense una pregunta mayor: si el país está dispuesto, finalmente, a dejar de admirar su potencial... y empezar a **organizarlo como desarrollo**.



Síntesis: La arquitectura de lo posible y el nuevo pacto desarrollista

Al observar estos nodos —el mar indómito, el hidrógeno patagónico, la minería riojana, el espacio soberano y la selva misionera—, lo que emerge no es un listado de deseos inconexos, sino un **sistema productivo interconectado por la inteligencia y la política**. El **Desarrollismo Inteligente del Siglo XXI** es la voluntad inquebrantable de organizar esa complejidad para que la Argentina abandone su estatus de promesa eterna.

Este camino requiere un nuevo **Pacto Desarrollista**: un acuerdo de largo plazo entre el capital y el trabajo, mediado por un Estado que garantiza estabilidad pero exige a cambio **innovación, inversión en ciencia y agregación de valor**. La Argentina desarrollada no será el milagro de un líder mesiánico ni el subproducto de un "viento de cola" en los precios de los granos; será el fruto de una **inteligencia colectiva** capaz de sostener una dirección estratégica por encima de las mezquindades electorales.

El desafío final es de carácter cultural: debemos recuperar la fe en nuestra capacidad de transformar nuestra vasta geografía mediante la técnica y la organización. El **Desarrollismo Inteligente** no es una mirada nostálgica al siglo XX, sino una proyección audaz hacia el futuro de la biotecnología, la energía verde y los datos. La Argentina que viene no está escrita en ningún destino trágico; está por hacerse en los laboratorios, en los puertos modernos, en las minas responsables y en las órbitas de nuestros propios satélites. Es una invitación a dejar de ser espectadores de nuestra propia decadencia para convertirnos en los **arquitectos conscientes de nuestra propia grandeza**.

Este material se comparte bajo licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0). Puede ser utilizado, adaptado y difundido libremente, incluso con fines comerciales, siempre que se cite la autoría y se respete el sentido conceptual del enfoque.

Porque las ideas no se encierran: se expanden, se discuten y se convierten en acción.

Federico González

Desarrollismo Inteligente